

PERÚ Y SIGLO XXI: LA PROSPERIDAD DEL VICIO¹

“Deberíamos estar agradecidos de tener una vida política.”

–Hannah Arendt

Salvo este capítulo, redactado en el 2018, los capítulos siguientes fueron escritos en la serenidad de mi vida de profesor en Tahití (Polinesia Francesa). Los ensayos que le siguen tratan del Perú del *xvi* al *xx*. Y desde la primera edición anuncio lo que Alfred Schutz llamaba “las ventajas del forastero”. Es decir, la capacidad de no compartir los supuestos básicos de una comunidad. Hay antecedentes, el caso del español Ortega y Gasset, “las melancólicas ventajas del ausente”. ¿Y qué ventaja puede ser aquella? Esa ventaja se llama distanciamiento. Norbert Elias la recomendaba. En mi caso fue doble. Me explico. Después del gobierno de Velasco Alvarado, tuve que hacer mi carrera universitaria en Francia, por una parte. Por otra parte, tomé las normas y los métodos del quehacer intelectual europeo que pide separar al político y al estudioso. Por supuesto, una lectura imparcial de los hechos permite la libertad y la lucidez. Pero esa actitud lleva inevitablemente a una cierta soledad. Lo asumo.

De regreso a la patria, pude entonces indagar y percibir la incoherencia que el endogrupo local, académico y político, acepta como algo natural. Por eso el intitulado de este libro, “Ensayos de relectura herética”. Por lo demás, en Europa, cuando profesor titular, me habitué a citar otros autores, otros pensadores, porque esa es la regla en el mundo. Vuelto al Perú y dedicado a la enseñanza y a mis libros, no practico el cuidadoso silencio contra el que discrepa, ese vicio que Octavio Paz señalaba en los mexicanos, el ‘ninguneo’. También adoptado en Lima. Antes de abrir una obra, se preguntan por quién ha votado el autor. Y si no coincide con el voto, deja de existir. Y se pierde entonces lo mejor del quehacer universitario, el debate.

Publicado en 1996, han pasado veinte años. Y ha habido cuatro ediciones con el mismo texto. La mejor de todas es la tercera edición, puesto que lleva consigo un índice conceptual y temático hecho por Jorge Prado Chirinos, a quien agradezco. Ahora bien, si menciono que no fue escrito en Perú no significa que lo hiciera con los ojos vendados ante las mutaciones de la sociedad peruana. Tahití está al frente nuestro, en medio del océano Pacífico. Hice unos 23 viajes al Perú, para recolectar obras de peruanos, cuyos trabajos, aparecen tanto en la bibliografía como en las citas a pie de página de *Hacia la tercera mitad*. Y si bien era muy grato que aparecieran nuevos lectores y nuevas ediciones, y pese a los viajes de retorno (parcial), no sentí la necesidad de modificar en algo los capítulos. Y no lo hice porque al postulado fundamental del texto, no le ha salido ni una sola arruga. (En la tercera edición, el prólogo, “Tercera navegación, sumas y restas”).

Sigo dejando de lado la sociedad inca.² No me arrepiento de que mi lectura sobre el Perú se inicie a partir del siglo XVI, “la conquista como fatalidad”. Ni abjuro en esa visión de la singularidad de la era virreinal. Creo en cambio, y acudiendo a las lecciones de Max Weber, que he trabajado en la construcción de tipos-ideales, que permiten clasificar, sistematizar, e ir más allá de las versiones historicistas. Tipos-ideales, no se trata de biografías, sino, como lo emplea Weber; por ejemplo, “el espíritu capitalista”. En ese caso, los estratos sociales de la Alemania de calvinistas y el tipo de comportamiento y cultura que evita el despilfarro, y que permiten, casi sin desearlo, producir la acumulación primitiva. Es decir, el inicio del capitalismo se debe a la entrega total al trabajo, al ahorro, en la sobriedad de los primeros puritanos (Weber). En el Perú de los años noventa, se ha entrado a la sociedad del consumo masivo. Pero no significa que hayamos entrado del todo al capitalismo.

El tipo-ideal es un concepto genérico, no es un modelo sino un hecho real. Ahora bien, en la línea de Weber, en este libro, busqué en la vida peruana de la época colonial los tipos-ideales, que reduje a cuatro rasgos de comportamiento: el *hombre ceremonial*, el *hombre jerárquico*, el *hombre festivo*, y el *hombre ilustrado*. Son epistemes, como decían los griegos, que en buena traducción quiere decir “herramientas”. El concepto lo aplico no solo al periodo colonial, sino para el siglo XIX: los libertadores, los caudillos, el siglo XX, y en la generación del 900. Y para los primeros intelectuales, de González Prada a Haya de la Torre y a Mariátegui.

No es la primera vez que un estudioso vuelve al taller de las cosas terminadas con un criterio autocrítico. Le ocurre a Jorge Basadre, cuando retorna a Perú –*Perú: problema y posibilidad* (1931)– y escribe “*Algunas reconsideraciones cuarentaisiete años después*”. Ese texto se encuentra en una de las muchas ediciones de ese libro juvenil. Citaré otro caso, el de Octavio Paz, *Vuelta a ‘El Laberinto de la soledad’*. Es una conversación con Claude Lévi-Strauss, francés, gran profesor, y lo que podemos llamar un “americanista”. Ahora bien, lo cierto en mi caso, es que no parecía necesario prolongar *Hacia la tercera mitad*. Sin embargo, ocurre que, en el curso de los dos

primeros decenios de este milenio, aparecen en el Perú inesperados fenómenos políticos y sociales. Uno de ellos es la corrupción. Y en los primeros decenios del siglo XXI, formas singulares del poder autocrático con apertura del mercado, bajo el manto de la democracia (Alberto Fujimori). Y por cierto, el fenómeno de Sendero Luminoso, que ocurre después de la reforma agraria, y acaso por ello, fracasa. Los senderólogos explican que fueron derrotados no solo por las fuerzas militares sino por las rondas campesinas, y fueron numerosas las comunidades indígenas que no los admitieron.

Sin querer escribir otro libro tan denso como este, he ido atendiendo la actualidad en diversas ocasiones. Por ejemplo, *El mal peruano (1990-2001)*: “El mal peruano es el abuso del poder, la plata fácil, la falta de escrúpulos y la espera de la impunidad. Ese libro trata de Fujimori y de Montesinos, trata de la mafia al poder, pero no solo de ellos.” Dije entonces, que la corrupción y el autoritarismo como culpabilidad colectiva, la cultura de la criminalidad, estaban enraizados en la propia cultura criolla y nacional. Y entonces, llamé a todo eso, el “tejido despótico” (*Del pensar mestizo*, 2006). En otros de mis libros, que publicarán las universidades en donde dicto clases, me he ocupado de un arduo pero necesario trabajo de comparatismo entre México y Perú. El primer volumen ya está en las librerías del ramo (2016). Pero en el segundo tomo, que está por editarse, trata del siglo XIX tanto para México y el Perú. Es decir, un juego de espejos. Y reviso, por mi parte, de la Independencia a nuestros días. Lo que más me sorprende es que, de alguna manera, la herencia colonial se introdujo en la sociedad republicana peruana, reproduciendo, hasta ahora, formas nuevas de dominación. Expresidentes, medios, colleras de funcionarios y hombres de negocio. Una serie de redes ilícitas que compiten entre sí, al interior del Estado mismo.

EL EXTRAÑO SIGLO XXI

“En abril de 1966, hace algo más de dos años, intenté suicidarme.”

–José María Arguedas, “Diarios”

Este libro encara el reto de explicar un país en los inicios del siglo XXI. Tiemblo y dudo, sin embargo, de poner el nombre del Perú, porque si bien es cierto que con ello sitúo el sujeto de estudio y meditación en el espacio y en el tiempo, cometería el agravio de evocar un concepto enorme, titánico. El nombre de una prolongada y secular afirmación y negación. Y nada más que eso –el nombre– provoca de por sí un tsunami de emociones. Quiero evitarlo como autor y para quien lo lea. Por lo demás, no está en mis propósitos el inscribirme en la lista benemérita